

Los Libros

MIGUEL ARTECHE (1)

"Miguel Arteche nació en Nueva Imperial y estudió en el Liceo de Los Angeles". ¡Cuántas veces he repetido el comienzo inolvidable de esta biografía! Es tan real y cierto que parece mentira. No conozco poeta que haya nacido y estudiado al pie de nombres tan hermosos. Los poetas nacen por lo general en un lugar oscuro, tan oscuro que a veces se desconoce. Otras veces, el poblado, entre humilde y agradecido, cambia su nombre original por el del poeta ilustre que lo favoreció con su nacimiento. Miguel Arteche, hay que reconocerlo, no podrá dar a su pueblo el lujo de su nombre, aunque la provincia entera lo reclame, porque habiendo estudiado desde niño en el Liceo de Los Angeles, sabe que su reino no es de este mundo urbano que cambia la firma de sus villas y el lugar de sus estatuas. Y porque todos sabemos que realmente nació y vive todavía en el imperio sin nombre de la poesía, tratando con los ángeles. De ahí no sale, no se mueve, no lo saca nadie.

Pero los que conocemos el resto de la biografía sabemos que Miguel es también un viajero convencido; sus mismos viajes han

(1) Nació en Nueva Imperial, Chile, en 1926. Libros: **La invitación al olvido** (Santiago, 1947, Ediciones "Acanto"); **Oda fúnebre** (Santiago, 1948, Ediciones "Acanto"); **Una nube** (Santiago, 1949, "Ardiente jinete"); **El sur dormido** (Santiago, 1950, Ediciones de Librería Neira, Premio Municipal de poesía); **Cantata del desterrado** (Santiago, 1951, Estudios); y **Solitario, mira hacia la ausencia** (Madrid, 1953, Ediciones "Cultura Hispánica", Colección "La encina y el mar").

retrasado tantas veces el tenerlo con nosotros. ¿Cómo, pues, explicarnos un viajero en plena inmovilidad? Sólo su poesía quizá pueda darnos la explicación. Eduardo Carranza ha cantado emotivamente el *Viaje a España* de varios poetas de América; ahí aparece Miguel, viajero inmóvil, firme en su alado mundo musical de creador sin fatiga, transportando a Castilla, llevando consigo el paisaje personal y nativo, la lluvia y el otoño de la patria sureña. Miguel —canta Carranza— ha llegado a España

*... pisando la entraña de la música
y soñando la lluvia y su arpa y una mano
en el corcel alado del otoño del sur. (2)*

¿A dónde irá, pues, Miguel sin llevar auestas el reino de sus ángeles? Angeles vivos y muertos, el ángel paternal y el amigo, el ángel del amor y el de la soledad estarán siempre a su lado dictándole églogas y elegías al invierno y el otoño del sur de Chile ("Así te evoco, como la adolescencia / tan lenta en entregar sus sueños, / allá en el sur lejano de mis días, / junto a los antiguos seres queridos..."). El viento y la lluvia de cualquier parte del mundo para Miguel son el viento y la lluvia de sus tierras australes. Con ellos estará Miguel como en su casa "al acecho del ángel / que con la espada vela su vigilia cansada". Y recordará su juvenil Nueva Imperial con versos como estos:

*Tranquila ciudad de invierno, de rencor tan amado,
bellos caminos solos, calles de sueño amargo,
como la lluvia durmiendo así tu lluvia dormida,
como los ángeles caídos así tu barro tibio,
como el amor borrado así tu amor perdido. (3)*

(2) Eduardo Carranza, *Viaje a España*, presentación de los 5 poetas hispanoamericanos en España, selección de Alonso Laredo, que incluye una antología poética de Miguel Arteche (Madrid, 1953, Ediciones "Cultura Hispánica", Colección "La encina y el mar").

(3) Egloga de invierno, en *Una nube*.

¿Y Contulmo? ¿Qué es Contulmo? ¿Cuántas veces se lo he preguntado! ¿Qué es Contulmo? Y Miguel responde imperturbable: "Un pueblo chileno". Pero *Contulmo*, el poema, es mucho más. Contulmo es "un día del sur / con furiosos caballos que huyen por la noche... y el sonido de un tren recorriendo la colina... / No volveremos, no / volveremos, / no volveremos otra vez, ya nunca... / Nunca más, ya nunca, quiero dormirme ahora; / nunca más, ya nunca, quiero dejar mi rostro / donde estuvo aquel rostro..." Los versos que he citado pertenecen a sus libros *La invitación al olvido*, *Una nube* y *El sur dormido*, pero entre el primero y el segundo Miguel ha escrito una *Oda fúnebre*, y después del tercero la *Cantata del desterrado*, en los que puede verse la misma y reiterada temática, la homogénea inmovilidad de sentimientos y recuerdos como su predilección por lo elegíaco y musical.

Recuerdos y evocaciones que se iluminan al primer contacto emotivo, fugas y retornos del corazón indeleble, trabajos de amor perdidos... Ya en *El sur dormido* Miguel reconocía que "no es posible reanimar la sombra ya pasada" (*Ardiente septiembre*) y se prometía no volver más a Contulmo, pero al mismo tiempo quería dejar su rostro, en Contulmo "donde estuvo aquel rostro" seguramente amado. Para eso tiene Miguel una enorme memoria emocional: puede hallar "toda la belleza del mundo en un grano de arena", todo el dolor del sur querido en "la fugitiva estela de una hoja / del octubre español". Esta *búsqueda del tiempo perdido* y de todo lo que se pierde en él y con él, ha ocupado la mayor parte de su obra escrita en España: *Solitario, mira hacia la ausencia*, que hoy escucharemos en vísperas de su aparición en volumen. Allí se dice Miguel a sí mismo: "Solitario, mira hacia la ausencia", y se lo dice como a una tercera persona, como a quien divisa a lo lejos, y por última vez, el reino perdido, ya sin esperanza de reconquistarlo. En el *Solitario* evoca Miguel la figura de un admirado peregrino de soledades y remembranzas, tan parecido a él que se sirve de su lengua para repetirnos su firmísimo propósito de no regresar más. El reiterado estribillo de *Thomas Wolfe camina por Virginia* repite

la misma promesa de *Contulmo*, pero el *Solitario* todo se ha dado cuenta al fin que de nada sirve regresar o no regresar si el tiempo no vuelve a repetirse. En plena evocación del pasado amoroso escucha Miguel "las alas del tiempo que desciende / en mi pobre cabeza". Esto le hace concebir una nueva esperanza:

No. Nada vuelve. Nada ocurre. Pero todo sucede a veces en la noche, y si regresa el tiempo una vez, dos veces, tres veces en la noche: si regresa decidle que he partido, que nadie piensa en mi pobre vida, pero que espero, espero:

¡Una vez en la noche!

(Hasta que el tiempo vuelva.)

¡Dos veces en la noche!

(Hasta que el tiempo escape.)

¡Tres veces en la noche!

(Hasta que el tiempo muera.) (4).

En el espíritu del poeta se produce ahora un nuevo desconcierto. Por un lado dice que "hasta que el tiempo muera ya nada volverá", es decir que para la vuelta del pasado se necesita la muerte del tiempo, la muerte total de lo que hemos vivido; pero por otra parte no se resigna a perder la memoria de lo entrañable de la vida. A la postre viene a rebelarse contra el tiempo, contra el pasado y el presente:

No, no puede ser posible el tiempo...

...la indeleble huella

del más fugaz amor; no puede ser posible

la cólera de angustia después de las partidas;

(4) Retrato de una estudiante, en *Solitario*, mira hacia la ausencia.

no puede ser posible querer volver; no puede ser posible el pasado; no puede ser posible morder en este octubre sólo un viento que escapa. No puede ser posible. (5).

Además, ¿quién nos asegura que a la muerte del tiempo recobremos nuestro pasado? A esto se podría responder con aquello de que *la duda ofende*. En efecto, el poeta ha dudado, porque al final de su canto dice: *No sé si he de volver*. Si estuviera seguro de la recuperación total del pasado perdido, ni siquiera se plantearía la duda de su propio regreso. Pero, oigámoslo de una vez, porque yo tampoco sé si ha de volver.—ERNESTO MEJÍA SÁNCHEZ.

■

“TÍA EULALIA”, novela de *Chela Reyes*.

La prisa en el vivir cotidiano determina una inmisericorde posición de todo cuanto no esté vivamente adherido a la actualidad y, por supuesto, ello tiene mayor vigencia en cuanto se refiere a literatura y, en especial, a los comentarios respecto de libros. De allí la posibilidad de que alguien crea extemporáneo escribir en torno de una novela publicada hace aproximadamente dos años.

Sin embargo, ésa, como todas las actitudes humanas, es relativa y está condicionada por muchos factores, entre los cuales es de cardinal interés la consideración de que la importancia de los libros no radica en el orden cronológico de su aparición, sino en el valor intrínseco de ellos, en las cualidades que le otorgan cierta supervivencia y le permiten lograr un sitio en la estimación pública.

Tía Eulalia, la novela de Chela Reyes, publicada a comienzos de 1951, fué recibida con caluroso elogio por la crítica oficial, recibió algún afectuoso saludo y continuó andando por el mundo

(5) *Un viento recorre la tierra*. Idem.